

Don Benito Rebolledo Correa.



Notable pintor chileno que presenta una exposición de cuadros en Valparaiso, calle Arturo Prat, N.º 122.  
Son noventa y dos telas de gran valor artístico y con todas las cualidades por demás conocidas de este artista.



**BENITO  
REBOLLEDO  
CORREA**

UNA ENTREVISTA  
CASI FRACASADA.—EN LA CASA  
DEL PINTOR.—  
REBOLLEDO IN-  
TIMO.— EL PU-  
CHING-BALL.



Coke ejerciendo sus atribuciones legales.

¡Cuánta simpatía hay en la brusquedad alegre de este hombre musculoso y rudo, de faz morena y corazón de niño; cuánta franqueza en sus labios, un tanto sensuales, cuánta lealtad en la mirada de estos ojos pequeños y ligeramente hundidos; cuánta nobleza en la frente amplia y poderosa, que se mantuvo erguida contra la adversidad! Yo lo conocí en esta casa, de Sucesos, hace muy poco, poquísimo tiempo y sin embargo sus fisonomía me es tan familiar como si la hubiera contemplado desde la infancia. Sus cabellos escasos y oscuros que se arremolinan al rededor de las sienes y la negra barba que rodea

su rostro, le dan un aspecto simpáticamente sombrío. Las líneas profundas del ceño indican en él el hábito de pensar y acaso la costumbre de sufrir. Ocurre con él lo que con muchos artistas: se expresan a través del continente. El tiempo ha ido modelándolos lentamente y en cada rasgo puede adivinarse, no sólo una condición del carácter, sino también un acontecimiento de la vida.

Una de estas mañanas fuimos a sorprender al artista en su retiro, allá en la pintoresca villa de Nuñoa, donde todos le conocen y le quieren como a un buen vecino.

Aunque no teníamos el derrotero de su vivienda, fácil nos fué llegar a ella, valiéndonos de las indicaciones de los habitantes. Rebollo, vive sencillamente, casi patriarcalmente, rodeado de sus pequeños hijos, de sus cuadros, y del inevitable puching-ball, al que zorra diariamente con torzada zafia, y de un pequeño jardínillo, que le sirve a la vez de modelo y entretenimiento.

Salió a recibirnos, envuelto en una americana de dril claro, con un gesto poco afable en el semblante y la diestra extendida.

Rebollo suele ser alegre y cuando se entristece es por alguno de esos grandes contratiempos que él mismo suele agigantar. Aquel día era el agua. Nos habló del Municipio, de la falta de higiene y con gran pavor nos indicó una serie de utensilios acuáticos, que se hallaban vacíos porque el agua potable resultaba en esas alturas un «cuento del tío». Después fuimos al jardín donde se



Rebollo crucificado ante las puertas de su hogar.





Benito Rebollo tomando un apunte. Uno de sus hijos le sirve de modelo.

hallaba trabajando. Uno de sus hijos, rapaz que ha heredado la simpatía del padre, le servía de modelo.

—¿Se trabaja mucho, Benito?  
—Algo! Ahora estoy preparando una exposición de mis cuadros que tendrá lugar en Valparaíso. Es preciso trabajar...  
Con un amplio ademán nos señala al pequeño y a otros dos chiquillos que merodean por allí y añade:

—Para estos.  
—Y para el arte, Benito.  
Sonríe; aunque ama el arte de todo corazón, y tal vez es por ello, le gustan poco las conversaciones artísticas.

Le pedimos que nos cuente alguna aventura, algún recuerdo o impresión personal, suena entonces su risa estentórea y franca.

—Pero hombre, si no pienso morirne ¿qué van a sacar ustedes de mis recuerdos personales?  
—Hable, Benito—intercede Coke,—cuenta usted cualquier cosa.  
—Pero, señor, si mi vida no ofrece nada de particular. Es la misma que la del vecino del frente.

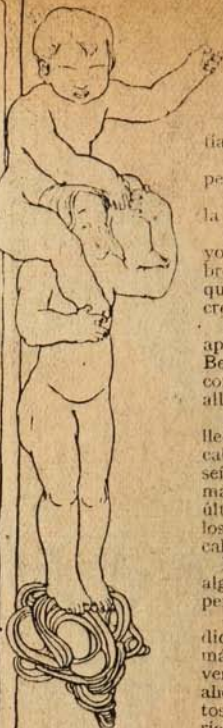
—Sin embargo, Benito, nosotros sabemos que usted ha luchado, que usted ha sufrido...  
—¿Y cree usted que el vecino no ha sufrido? Luché, sí. Y continuo luchando, lucharé siempre, y cuando no tenga contra quien luchar... pues aporrearé al puching-ball. No me disgusta la lucha; pero la quiero leal y franca; la lucha hipócrita, solapada, esa es la única que rehuyo, porque me da asco.

—Le costó mucho trabajo aprender a pintar, Benito?  
—Ya lo creo. Así como así no me lo traje todo sabido desde la cuna; y como era pobre, la lucha para mí ha sido más fuerte y el trabajar más constante.

—Pero, Benito, ¿ha llegado usted más lejos...  
—Mis hijos lo más cercano me importa. Creanme ustedes, cuando trabajo no me preocupa de otra cosa que de la pintura. Vivo apartado de los demás, porque odio las pequeñas discordias. Así me forme; solo y seguro solo porque así se vive mejor.

Mientras hablamos, Coke ha tomado un apunte. Rebollo se mira y sonríe.  
—Está muy bien, apoya en seguida.  
—Y cuántos cuadros exhibirá usted?  
—Muchos. Algunos de los que ustedes conocen y otros que pinté hace algún tiempo.

Recordamos entonces los cuadros que de este artista conocemos. Nos admira la seguridad con que maneja el colorido; la luz admirable de todas sus telas.  
Todos sus cuadros son una obra de arte en luz y en colorido,



porque en ellos pone este artista todo su singularísimo talento.

El día es caluroso y la conversación va declinando. Rebollo manifiesta intenciones de insistir en el asunto acuciante. Está disgustado profundamente; viajes y más viajes y el baño no se llena.

Después de tomar algunas fotografías, nos despedimos de Benito.

—Siento mucho no haberlos atendido; pero el Municipio... el agua potable.

—Sí, Benito, adiós. Comprendemos la importancia del problema.

Y cuando nos despedimos pensaba yo en el singular carácter de este hombre, que cuando no tiene dificultades que vencer, las extraña y procura creárselas él mismo.

Y sin embargo, y a pesar de estas apariencias de tozudez y mal carácter, Benito Rebollo es alegre y sano como un chiquillo de diez años, y alborota y juega como un niño...

La Exposición que presenta Rebollo en Valparaíso, en el local de la calle Prat, N.º 123, altos, a cargo de los señores Edwards Hnos., es una de las más notables que se han visto en estos últimos años, tanto por el número de los cuadros presentados como por la calidad de ellos.

He preguntado por los precios de algunos de ellos y he quedado estupefacto.

—Sí, ya lo sé. Son precios de crisis... dice Benito sonriendo.— Sé que valen más, y en tiempos normales los he vendido por el doble y triple precio que ahora, cuando no tenía los conocimientos pictóricos que ahora he ido adquiriendo... pero yo no soy ambicioso. Y el pintor, sonríe significativamente....

J. BUSTAMANTE BALLIVIAN.



El pintor en su bello papel de pater familias.